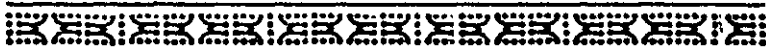


**La Filosofía Bergsoniana frente al  
pensamiento contemporáneo**



### La filosofía prebergsoniana

Desde el Renacimiento se dibujaron netamente dos tendencias en la filosofía: una encabezada por Descartes completamente racionalista y la otra por Bacon, empirista; el uno pretendió que sólo la razón pura, sin trabas de ninguna especie podía llegar al conocimiento de la verdad, el otro creyó que sólo la experiencia daba una concepción exacta de las cosas; en todo caso, ambos abandonaban desde ese instante las enseñanzas de la filosofía eterna, y que consideraba tanto a la razón como a la experiencia, fuentes indispensables de todo conocimiento.

Pero ni Descartes, ni Bacon, vieron los gérmenes que sembraban con sus erróneos sistemas y que más tarde darían como resultado el derrumbe completo de lo que ellos mismos enseñaron o defendieron.

Fueron sus discípulos los que se encargaron de sacar todas las consecuencias de aquellos erróneos sistemas, y así durante los siglos XVII y XVIII, se disputan la primacía el Idealismo y el panteísmo consiguiente, consecuencia lógica del Racionalismo exagerado, y el Nominalismo con su correspondiente materialismo, consecuencia del Empirismo puro. Así es como desfilan por el escenario de la historia de la filosofía, los nombres de: Spinoza, Hume, Locke, Condillac, Hobbes, La Mettrie, etc., etc., fundando sistemas del uno u otro tipo; siendo el nombre del genio profundo de LEIBNITZ, el único oasis, en medio de la esterilidad completa del pensamiento humano.

Tantos y tantos sistemas derivados de los dos fundadores de la filosofía moderna, terminaron por encontrar su mejor expresión y la síntesis más completa en la escuela crítica, que fundara el ilustre filósofo de Königsberg: MANUEL KANT.

Kant, vuelve en un principio a la misma teoría del conocimiento del genio cumbre de todos los tiempos: Santo Tomás de Aquino; o sea, considera a la razón y a la experiencia como indispensables para conocer la verdad.

Pero el acierto del filósofo de Königsberg, no pasará más allá; pues al considerar el espacio y el tiempo como netamente subjetivos, y a todas las experiencias sometidas a ellos; así como más adelante al decir que todos los conceptos están subordinados a las categorías del entendimiento, dá patente libre al subjetivismo más completo; ya que toda la realidad, el no yo, queda bajo la tutela del yo.

Así como Santo Tomás, hizo la gran Síntesis de la verdad, cuyos gérmenes se encontraban ya en Sócrates, Platón y Aristóteles; Kant, hizo la gran síntesis del error.

De la filosofía crítica de Kant; deriva toda la del siglo XIX; que a grandes rasgos podríamos describir así:

Por un lado, el subjetivismo, desarrollado en forma completa por Fichte, llamado "l'enfant terrible du Kantisme"; por Schelling, en su Idealismo indiferente, y llevado a su más alta expresión por Hegel en su Idealismo absoluto; al considerar al mundo al alma y a Dios como la evolución de la Idea en sus tres momentos: tesis, antítesis, y síntesis.

Por el otro lado, una corriente de repudio hacia el Idealismo, hacia lo absoluto, hacia lo lógico, como resultado último del cansancio producido en los espíritus por las escuelas panteístas alemanas; una corriente que basándose sólo en el aspecto empirista kantiano, niega el valor a la razón para construir una metafísica, o sea una ciencia que llegue a la última verdad; dándosele en cambio a la experiencia y por consiguiente a las ciencias particulares que ven y estudian lo que está bajo el dominio de los sentidos; tal es la escuela positivista fundada en Francia por Augusto Comte. El hombre dice Comte, no tiene medios para probar o negar la existencia de Dios, de los espíritus, de las causas o de las esencias; por lo tanto debe abstenerse de estudiar estos problemas. Los principios universales afirmados por la filosofía eterna son indemostrables. Ignoraba Comte que caía en flagrante contradicción; pues el que proclamaba el reinado de las ciencias, negaba la existencia de los universales; y sin ellos ninguna ciencia es posible. Como resultado del positivismo, nació la escuela materialista de Büchner que ya no sólo se contentó con negar la posibilidad del conocimiento metafísico sino que, mistificando los grandes adelantos de la ciencia de mediados del siglo XIX, pretendió demostrar al mundo que sólo existía la materia, y que el espíritu era sólo el producto de la imaginación de los filósofos.

"La ciencia, dice Le Roy, en sus días de soberbia, era imaginada como única extendida sobre un plano único, siempre y uniformemente competente, capaz de abarcar cualquier objeto con la misma fuerza y de insertarlo en la trama de un mismo encadenamiento ininterrumpido. Así pues, a despecho de las atenuaciones verbales, aspirábase a una matemática universal". Y más adelante continúa: "De esta ciencia con-

cebida como la única poseedora de la verdad, se esperaba que en el porvenir satisficiera todas las necesidades del hombre y sustituyera sin reservas las antiguas disciplinas espirituales. Ya no más filosofía verdadera, toda metafísica parecía decepción y quimera, simple juego de fórmulas vacías o de ensueños pueriles, cortejo místico de abstracciones y de fantasmas; y la Religión, por fin, se desvanecía ante la Ciencia, como una poesía de crepúsculo ante el esplendor preciso del sol naciente". (Le Roy: "Bergson". Pág. 117).

Las frases precedentes del ilustre filósofo francés dan una idea del estado en que se encontraba el pensamiento humano en la segunda mitad del siglo pasado.

Hoy en que, empleando una frase del propio Le Roy, "los prestigios ilusorios han caído; y en que en la religión de la ciencia, no se ve más que una idolatría", nos es difícil darnos cuenta del caos profundo que reinaba en semejante estado. El materialismo, lo grosero, lo bajo, lo miserable, se mostraban en todo su esplendor.

Es sobre este medio degradado y denigrante del saber y de la cultura humana, que lo invade todo, donde obrará, aplicando sin compasión el termocauterio, el genio profundo de Enrique Bergson.

### El intuicionismo de Bergson

Decidido Bergson a combatir sin cuartel tanto la tendencia panteísta como la positivista y materialista kantiana, funda la escuela intuicionista. Más tarde veremos cómo, huyendo de uno y otro sistema, ha caído en el uno y en el otro y como fuera de la filosofía eterna el mejor espíritu y el hombre más genial caerán siempre en ambigüedades y contradicciones.

**El método intuicionista.**—Bergson ha empezado por negar a la razón y a la experiencia su importancia para conocer la verdad; porque la razón es un método discursivo que trabaja con conceptos que no son la realidad misma sino meras semejanzas de la realidad; por lo tanto, toma los objetos desde el exterior, sin penetrar a lo profundo, a lo esencial que hay en ellos; como quien pretende conocer una ciudad porque la ha visto desde lejos, sin penetrar a su interior y conocer sus edificios, calles, parques y paseos; en una palabra, deforman y falsean la realidad, dando sólo consideraciones estáticas de ella, que conducen fatalmente a la unidad de substancia y al panteísmo.

Por otra parte, la experiencia se vale de los sentidos, los cuales sólo ven el fenómeno, lo accidental, lo exterior, sin penetrar tampoco a la esencia última y particular de la realidad.

Pero, a pesar de todo, el hombre puede conocer las cosas en sí, puede captarlas en su fluir incesante, sin acudir ni a la

razón ni a la experiencia, por medio de la intuición. Y al adoptar este método de conocimiento, el ilustre filósofo francés, se coloca en una posición completamente original dentro del pensamiento contemporáneo; pues aunque ya otros habían preconizado la intuición, como Ravaisson, Boutroux y Main de Biran, ninguno le da la importancia que le ha dado Bergson.

¿Qué es la Intuición? Contestar a esta pregunta en forma clara es bastante difícil, ya que ni el mismo fundador, la ha podido delimitar. Porque, parece que en último extremo, la Intuición sólo se puede conocer por Intuición.

Con Viquiera, podríamos decir que la intuición es la visión directa y espontánea de lo concreto y real.

El conocimiento intuitivo sólo puede expresarse por imágenes, que al menos, según Bergson, "tienen el valor de mantenerse dentro de lo concreto y real". No puede expresarse por conceptos, ya que estos son propios de la Inteligencia que es la facultad productora de la Ciencia; y la Ciencia, para el pensador francés, no tiene otro objeto, que construir objetos artificiales útiles para la vida, para la intervención en la realidad, pero de ningún modo es una traducción adecuada de ésta".

Mientras que la inteligencia se vale de la reflexión, la intuición lo hace del instinto; porque en último término es un instinto superior; el mismo Bergson ha dicho que la intuición "es esa especie de simpatía intelectual mediante la que nos transportamos al interior de un objeto para coincidir en lo que tiene de único y en consecuencia de inexpresable".

No es difícil criticar el sistema bergsoniano. En primer lugar, la intuición es impracticable; el propio Bergson, se ha contentado con utilizarla en el análisis de los estados de conciencia; pero este método de estudiarse a sí mismo, captando todos los estados del yo, no es otro que el de la percepción interna, empleado ya desde hace tiempo por la Psicología.

En el estudio del no yo, ha fracasado; desde luego, lo que hay de único en cada ser son sólo los accidentes, ya que su esencia es común a toda la especie, y estos accidentes se captan por medio de los sentidos; de tal manera que las diferencias individuales y la realidad concreta caen bajo el dominio de la experiencia, sin recurrir a método intuicionista alguno; y de este modo, al pretender que todos los objetos son esencialmente distintos, basándose en sus diferencias individuales accidentales, ha caído, mientras huía de él, en el sensualismo completo, ya que identifica el conocimiento intuitivo con el sensual.

Por otra parte, al pretender que la razón falsea la realidad, ha partido de un mal principio, tomando como tal el conocimiento racional que alcanzaron Kant, Shelling, y Hegel, pero olvidando las enseñanzas precisas que dá sobre el particular la filosofía eterna de Santo Tomás de Aquino.

Olvida que la razón, con Santo Tomás, toma numerosos objetos de la realidad y abstrae, valiéndose del entendimiento agente, todo lo que en ellos hay de particular y accidental, para conservar sólo lo que es común a todos, lo esencial, lo específico y así forma los conceptos; y que estos conceptos, lejos de falsear la realidad, expresan la realidad misma, puesto que son tomados de ella.

Y es sobre estos conceptos realísimos, en cuanto expresan la esencia que hay en cada cosa, por debajo de lo particular que percibe Bergson, sobre los que actúa el entendimiento posible para conocerlos y encontrar la verdad. O sea, mientras el saber bergsonianos sólo se reduce a la superficie de las cosas, lo cambiante, accesorio y temporal, el saber tomista penetra y conoce lo profundo de los seres, lo inmutable, lo necesario y lo eterno.

Bergson ha conseguido todo lo contrario de lo que deseaba. Quiso ambiciosamente conocer las esencias individuales y sólo ha conocido el mundo de los fenómenos; Santo Tomás, más modesto, sólo aspiró a conocer lo común de las cosas, y conoció las esencias universales, lo más grande y profundo a que puede aspirar la mente humana.

**La Metafísica Intuicionista.**—Henri Bergson es el restaurador de los grandes problemas metafísicos; el primero que después de medio siglo ha resucitado el reinado de lo absoluto; cuando ya los que lo enterraron, satisfechos de su obra creían que no se levantaría jamás.

Por este solo hecho el genio francés se ha conquistado un sitio de honor entre los más grandes hombres de la historia y se ha hecho acreedor al homenaje de gratitud que hoy le rinden las generaciones contemporáneas y que mañana le tributarán las generaciones venideras.

Trataré de bosquejar en la forma más rápida pero precisa los caracteres de la nueva metafísica.

Hubo en la antigüedad un filósofo perteneciente a la escuela jónica, Heráclito, que consideró al movimiento como la esencia de todas las cosas. Para ello partió de los datos que le proporcionaban los sentidos los cuales, por percibir sólo la realidad fenoménica que cambia constantemente, captan el movimiento de las cosas pero no el ser de ellas. Debo recordar que el movimiento en filosofía sólo expresa cambio: así se mueve, por ejemplo un pedazo de mármol que es transformado en estatua; el ser es lo que permanece estable, en medio de los cambios de cualidades que experimentan los objetos.

Pues bien, Heráclito, dedujo de sus observaciones que todo cambia constantemente, sin encontrar reposo alguno; los seres salen del fuego o substancia divina, experimentan innumerables transformaciones y vuelven nuevamente al estado de fuego. Y así eternamente por una ley fatal del destino, superior a los dioses y a los hombres.

Otra escuela, la eleática, cuyos más ilustres representantes fueron Parménides y Zenón de Elea, respondió a Heráclito, diciendo que sólo existía el ser en el mundo, el cual estaba en absoluto reposo, porque para moverse necesitaría del no ser; de tal modo que todo movimiento es imposible y una mera ficción de los sentidos. Al panteísmo transformista de Heráclito sucedía el panteísmo idealista de los eleáticos. Habían partido sólo de la razón pura, la cual concluye que sobre los cambios fenoménicos hay algo estable que no cambia, que permanece; así por ej., un perro cambia constantemente de tamaño, de peso, de pelaje, etc., pero nuestra razón nos demuestra que siempre hay algo permanente, que hace que el perro siga siendo perro y no otra cosa. Y como los eleáticos consideraron superior el conocimiento racional al sensual, y como por otra parte les era imposible conciliar la existencia de dos cosas opuestas, el ser y el movimiento, optaron por negar este último, afirmando que nada muda, que todo se encuentra desde la eternidad en el reposo más absoluto.

Este problema de la conciliación del conocimiento racional con el empírico para salvar el ser y el movimiento, siguió siendo por largo tiempo el rompe cabeza de los filósofos, ya que de su solución dependerá toda la filosofía; y las escuelas optaban por uno u otro según que le dieran la supremacía a la razón o a los sentidos.

Para salvar la filosofía y la verdad de tal atolladero, fué preciso que naciera la inteligencia cumbre de la antigüedad: Aristóteles. El, junto con Santo Tomás de Aquino, abrieron con llave maestra el arcano más grande de la filosofía, al conciliar la existencia del ser y del movimiento, enseñados por la razón y la experiencia, con la grandiosa teoría del acto y la potencia.

### **Teoría Aristotélico—Tomista del acto y la potencia**

Ni la razón ni la experiencia pueden engañarnos, dijeron Aristóteles y Santo Tomás; por lo tanto deben existir el ser y el movimiento. Las cosas cambian, pero siempre hay en ellas algo estable que permanece y que conserva la especie; es preciso conciliar ambas existencias. Para ello dividieron los seres en dos grandes grupos: el ser en acto y el ser en potencia.

Un ser está en acto cuando posee actualmente una determinada perfección, y está en potencia, cuando no la posee todavía, pero tiene capacidad para recibirla. Así por ej.: en un block de mármol está la estatua de César en potencia; pero después que el escultor ha trabajado el mármol y lo ha transformado en la estatua de César, ésta pasa al estado de acto; primero era un ser potencial, ahora es un ser actual. No es del caso entrar a clasificar las potencias en subjetivas y objetivas,

en activas y pasivas, etc. porque ya sería un estudio dedicado especialmente a esta teoría.

Pues bien, el pasaje de un ser en potencia a un ser en acto es el movimiento; y todo cambio en las cosas no es más que este pasaje de la potencia al acto.

Como se vé, en la teoría aristotélico-tomista se salva perfectamente la existencia del ser y del movimiento que nuestro sentido común nos da a conocer en cada momento.

El olvido cada vez mayor, en que cayó el pensamiento tomista después del Renacimiento, hizo olvidar la maravillosa teoría, y se volvió a presentar con la misma gravedad el problema que 1.000 años antes había preocupado a los filósofos griegos.

Bergson ha sido una de las víctimas.

Tratando de solucionar el problema base de toda filosofía, con la intuición, conocimiento que como ya lo he dicho se identifica casi con el sensual, porque sólo se ve la cambiante realidad fenoménica, Bergson ha caído en la misma teoría de Heráclito del movimiento perpetuo, del movimiento que no principió nunca ni terminará jamás.

Bergson, al tratar de ver la realidad última y singular de cada cosa, ha visto la realidad accidental, sin vislumbrar siquiera el mundo grandioso de las esencias, que no cambian ni pueden cambiar, que son inmutables; porque es necesario que así sean como semejanzas que son de la esencia divina.

Para la metafísica bergsoniana, el Universo vive, crece en una evolución creadora y se desenvuelve libremente, por un aliento vital, el élan vital, que le es inherente, que es algo así como el alma de la materia Nada permanece en reposo; "el atomismo conceptual del pensamiento común nos conduce a establecer una especie de primacía del descanso sobre el movimiento, del hecho sobre el devenir" pero nos engañamos. El conocimiento como una cámara fotográfica, registra inmóviles las diferentes etapas del movimiento. Es una ilusión nuestra el no captar la realidad cambiante y "tratar de explicar la movilidad en función de la inmovilidad". Los conceptos que la inteligencia forma de la realidad son "como el relámpago instantáneo que ilumina durante la noche una escena de tempestad". ("Materia y Memoria", Pág. 207).—"La realidad que en su fondo es devenir pasa a través de nuestros conceptos sin dejarse captar por ellos, como pasa un movimiento sobre puntos inmóviles". (Le Roy: 'Bergson', Pág. 52). Nuestro conocimiento "solidifica", la fludez constante del devenir tomando sólo lo exterior, lo artificial, lo útil para el hombre, pero dejando escapar lo interior, lo profundo, lo misterioso, lo verdadero.

El aliento vital indiviso es Dios como fuente primera de realidad infinita; de este Dios nacen continua y eternamente todas las cosas; de él irradia el élan vital que dirigirá la evo-



lución de los mundos; pero este Dios no es estático, no es infinito e inmutable como el Dios de la filosofía eterna, sino un Dios que se está haciendo constantemente, continuamente, que no alcanzará jamás la plenitud de la realidad y que se relaciona con los mundos, para emplear la propia frase de Bergson, como los cohetes que saltan al encender una gran pieza de fuegos artificiales.

A pesar de que el pensador francés, en su carta al P. de Tonquedec, dice que su Dios es libre y creador, es fácil comprender que un Dios del cual necesariamente se desprenden los objetos en su fluir eterno, no puede ser libre creador.

Ese sería el primer argumento para destruir el Dios intuicionista, toda vez que no se concibe un Dios imperfecto y la libertad es tal vez la más grande de las perfecciones.

El Dios intuicionista falla también en otros aspectos y el más grave. Según Bergson, Dios se está haciendo momento a momento; lo que prueba que está adquiriendo realidades que no tenía y perdiendo las que ya poseía; en una palabra, es tanto o más imperfecto que los hombres, y un Dios que no sea inmutable, que no posea la plenitud del ser y que no pueda adquirir nada porque en su perfección lo tenga todo, sencillamente no es Dios. El sistema bergsoniano, huyendo del panteísmo ha caído en el panteísmo emanentista más perfecto; de tal modo que la escuela intuicionista no ha podido librarse de ninguno de los errores que tanto combatió. Sin embargo, es justo dejar constancia que Bergson, reconociendo al Dios monstruoso y absurdo que había creado, aun antes de su conversión, cambió de opinión. La lectura de los grandes místicos cristianos, que hubo de emprender para escribir su último libro: "De las dos fuentes de la religión y de la moral", lo impresionó tan vivamente que optó por considerar a Dios como un ser inmutable en medio de un Universo en incesante devenir; como un sol en medio de los planetas que jiran a su alrededor. Era el primer paso que daba en el sendero de la verdad; era el primer rayo de luz divina que iluminaba su mente y que, auxiliado por la gracia sobrenatural, habría de llevarlo más tarde hacia la grandeza, la exactitud y la belleza incomparables de la verdad identificada con el cristianismo.

### Psicología Bergsoniana

La psicología es el punto eje del intuicionismo, y en su estudio y desarrollo, ha gastado Bergson sus mejores energías; es preciso sí, dejar en claro, que el filósofo francés no ha dedicado sus esfuerzos a la psicología misma, sino en cuanto sirve para resolver el problema más importante de su metafísica: la libertad humana.

Pero antes de entrar plenamente al estudio del alma humana es preciso decir dos palabras del concepto que Bergson tiene de la vida.

La vida es una tendencia, una dirección, una actividad creadora; y tendencia es "desenvolverse en forma de haz creando, por el solo hecho de su crecimiento, direcciones divergentes entre las cuales se dividirá su impulso". Una de estas direcciones constituirá la Inteligencia. Pero mientras la materia inerte, cambia incesantemente en el espacio-tiempo con un determinismo fatal, la vida cambia en el tiempo sólo, completamente independiente del movimiento homogéneo del espacio; es una duración verdadera y por lo tanto la evolución creadora de la vida; es distinta completamente a la evolución estática de Darwin y Spencer que al colocarla en el espacio la llevaron al más grosero materialismo. Precisamente por evolucionar en el tiempo en direcciones diferentes los seres vivos son libres. Porque la vida es esencialmente creación y libertad.

La materia podemos considerarla desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo. Desde el primer punto de vista la materia, no hace excepción a la ley inexorable del devenir; cambiando, pero cambiando homogéneamente sin pérdida ni ganancia de substancia, y aquí se diferencia notablemente de la vida que, exenta de todo mecanismo, cambia heterogénea y libremente.

Desde el punto de vista cualitativo, la materia está sometida a la ley de la degradación; se gasta, se pierde, se agota; es un movimiento descendente, fatal; "la tendencia a la conservación no se realiza nunca más que de un modo imperfecto"; la muerte se caracteriza por la aparición del mecanicismo, de estas dos leyes universales y fatales del destino. En resumen, mientras la vida es un movimiento ascendente, tanto más elevado cuanto más perfecto, siendo Dios el punto álgido de este movimiento; la materia es un movimiento degradante y descendente del devenir eterno. En este punto como en otros el sistema bergsoniano se parece tanto al de Heráclito que casi se confunden; basta ver que estas concepciones son las mismas con que diferenciaba la materia y la vida el ilustre filósofo de la antigüedad.

Dadas estas someras explicaciones entro al problema psicológico mismo.

La filosofía de Bergson es la filosofía de la duración y en ninguna parte puede aplicarse esto en todo su valor como en la psicología.

Ya que la inteligencia ha aparecido en la evolución de las especies para crear una ciencia utilitaria, es preciso abandonarla para conocer la verdad.

Emplea entonces la Intuición con el objeto de captar, mediante el conocimiento, la actividad en su fluir y en lo que tie-

ne de concreto y específico y basándose en este sistema que no es otro que el de la percepción interna, utilizado hace ya tiempo por la psicología, ha levantado todas sus teorías.

Empieza por reconocer la existencia del cuerpo y del espíritu en el hombre; pero ni el uno ni el otro se asemejan en nada a los que ha descrito y admitido la filosofía eterna. Y para evitar confusiones más adelante, definiré de acuerdo con Santo Tomás, la materia y el espíritu.

Materia es toda substancia extensa, compuesta de partes, divisible, sujeta a ligua y medida determinada.

Espíritu es una substancia inextensa, simple, indivisible, inteligente, libre y capaz de existir y obrar por sí misma. El alma de los brutos no es espíritu, ya que no tiene inteligencia y voluntad libre, ni puede existir y obrar por sí misma.

Fácil será ahora notar las diferencias entre una y otra psicología; ya que hay quienes han encontrado marcada semejanza entre ambas.

El espíritu para Bergson es eminentemente conciencia, aunque no coincide exactamente; y la conciencia es memoria y duración, conservación del pasado en el presente. En "La evolución creadora", Pág. 10, dice: "La conciencia retiene el pasado y anticipa el porvenir... porque está llamada a efectuar una elección; para elegir es preciso pensar lo que se podrá hacer y recordar las consecuencias ventajosas y nocivas de lo que ha hecho ya; es preciso prever y recordar".

Bergson sólo estudia y descubre los caracteres de la conciencia: no la define, pues según él no hay necesidad de definir "una cosa tan concreta, tan constantemente presente a la experiencia de todos nosotros". (Evolución creadora, Pág. 10). Todos los seres vivos tienen conciencia desde el más elevado al más bajo, porque la conciencia es esencial a la vida y sin esta aquella es imposible: sólo se exceptúan de esta ley los parásitos, que acostumbrados a llevar una existencia rutinaria, siempre con los mismos caracteres y alternativas la han perdido como que junto con ella han perdido también el movimiento espontáneo, que es esencial a la conciencia; "porque la conciencia inmanente originariamente a toda vida, se duerme donde no hay movimiento espontáneo y se exalta cuando la vida tiende hacia la actividad libre".

La conciencia es duración pura; no está en el espacio como la materia, sino que exclusivamente en el tiempo y así como la primera evoluciona libremente, porque no está condicionada por el factor espacio, causa última de la intensidad, del número y de la casualidad, la segunda evoluciona mecánicamente con leyes fatales y necesarias porque su ubicación en el espacio tiempo la hace sufrir la acción de la intensidad, del número y de la casualidad. Es tan distinta la actividad de la materia y del espíritu, que la reacción cerebral no es siquiera una sensación.

Antes de seguir adelante, es preciso recordar que para Bergson existen dos memorias: de Repetición y de Representación.

La memoria de Repetición está íntimamente unida al cuerpo, es un mecanismo motor, ubicado en el espacio-tiempo, que se forma por la repetición continua de los mismos actos y que nada tiene que ver con el espíritu. Constituye lo que en lengua corriente se denomina hábito.

La memoria de Representación, es el privilegio del espíritu que puede recordar su pasado. Se identifica con la conciencia de que hemos hablado anteriormente y de la que seguiré ocupándome. Se identifica con la duración real.

Es aquí, precisamente, en donde puede verse en toda su grandeza el genio cumbre francés, combatiendo la psico-física y las teorías materialistas asociacionistas de Taine y Stuart Mill. Para probar que el pensamiento no es producido por el cerebro sino que por el espíritu; que la vida no es el resultado del choque de las moléculas en ángulo determinado, como pretendió Buchner, el apóstol de la presunción y la falsedad en el siglo pasado, sino que es producida por un principio vital immanente, y, finalmente, que las acciones del hombre no están predestinadas, sino que, por el contrario, son completamente libres, como que la libertad forma parte de la esencia del espíritu. En su noble fin de restaurar el espíritu, la vida y la libertad, ha caído en innumerables errores; porque la verdad es inmutable, y todo el que abandona la filosofía eterna caerá fuera de ella, pese a lo grande que sea su idealismo y a lo noble que sean sus propósitos.

Seguiremos adelante, estudiando esta parte fundamental de la filosofía bergsoniana.

Ya hemos dicho, que el espíritu es idéntico con la duración o sea con el "fluir y compenetración de cualidades. Es por lo tanto ajeno al espacio".

"Nuestra conciencia está siempre henchida de cualidades cambiantes. Produce continuamente innumerables, infinitas diferencias cualitativas, entrelazadas y encadenadas una a otras".

El yo se convierte constantemente en otro distinto; pero conserva las acciones pasadas y actúa incesantemente en el presente y aún en el futuro. Pero es preciso repetir que la esencia del alma o del yo, es la duración concreta, real y heterogénea; el yo está sometido al devenir eterno, no en el tiempo estático y homogéneo en que se desenvuelve la materia inerte, sino que en el tiempo dinámico y heterogéneo de la vida.

Siendo la duración heterogénea, la esencia del alma, es necesario saber qué entiende por duración el filósofo francés.

El tiempo de la mecánica, no dura, no expresa más que "relaciones estáticas entre simultaneidades"; para el hom-

bre de ciencia "la hora no es un intervalo, sino una coincidencia, un alineamiento instantáneo y el tiempo se resuelve en un polvillo de inmovilidades como en esos relojes neumáticos cuya aguja avanza por sacudidas, no marcando sino una sucesión de reposo". (Le Roy: "Bergson", Pág. 1657).

La inteligencia humana con su tétrica presencia ha petrificado el tiempo, lo ha falseado, porque es útil para ella detenerlo en su veloz carrera, traduciéndolo en una serie de puntos inmóviles sobre el espacio. En una palabra es una concepción especial del tiempo; un tiempo completamente homogéneo.

En la psicología es inaceptable esta falsa concepción del tiempo porque sus fenómenos son irreversibles, y según la propia frase de Bergson: "no se pueden prolongar ni acortar a voluntad". ("Evolución creadora"; Pág. 10).

Pero definir la duración real, es sumamente difícil; copio a continuación la forma en que la describe Le-Roy, el más grande de los discípulos de Bergson:

La duración es una evolución metódica de momentos, cada uno de los cuales contiene la resonancia de los precedentes y anuncia el que va a seguir; es un enriquecimiento que no se detiene nunca y una perpetua aparición de novedad; es un devenir indivisible, cualitativo, orgánico, extraño al espacio, refractario al número. Evocad la imagen de una corriente de conciencia que atravesara una continuidad espectral tiñéndose alternativamente de cada uno de los matices. O más bien, imaginad una sinfonía que tuviera sentimiento de sí misma y fuera creadora de sí: he aquí cómo conviene concebir la duración.

Las frases precedentes, dan a conocer confusamente lo que es la duración; y resumiendo podríamos decir que, mientras el tiempo homogéneo se desarrolla en línea recta, el heterogéneo lo hace en una línea zigzageante, con miles y miles de cambios y alternativas, pero no separados en forma de puntos sucesivos, sino que perfectamente unidos y en una continuidad ininterrumpida y perfecta; no es tiempo formado por la agregación de segundos que forman minutos, y minutos que forman horas, sino que, careciendo de unidades, es imposible de medir cuantitativamente, sí sólo cualitativamente.

Pues bien, siendo la conciencia sólo duración real, y siendo la duración, el tiempo sin unidades, las que sólo son propias del espacio, o del tiempo-espacio de la física, resulta que la conciencia carece de cantidad, de número y de causalidad. Con ello quiere probar la falsedad del materialismo y de la psicofísica, pero sobre todo la libertad humana, el problema más grande de su filosofía.

Prueba que está libre de la cantidad diciendo, que si los estados de conciencia fueran mensurables, se compondrían

de partes contenidas en un todo, como la materia; porque es absurdo creer, por ejemplo, que un amor es más grande que otro porque se compone de mayor número de amorcitos; como quien dice que un trozo de metal es más grande que otro porque contiene mayor número de moléculas. Los materialistas psico-físicos del siglo XIX se equivocaron, tomando por diferencia de cantidad lo que es solo diferencia de cualidad, y colocando en el espacio lo que sólo está en el tiempo.

Crítica enseguida a la escuela asociacionista materialista de Taine y Stuart Mill, que considera al espíritu como una multitud de estados de conciencia, como unidades distintas y separables, diciendo que los estados de conciencia carecen de número. Es de advertir sí, que para Bergson, a la inversa de Kant, "no hay número sino en lo co-existente, y, por lo tanto en lo simultáneo y especial". Para Kant el número está sólo en el tiempo; ya que es la síntesis de lo sucesivo y no de lo simultáneo.

De acuerdo con lo anterior en la conciencia no hay número de estados, como pretenden Taine y Stuart Mill, porque para que así fuera en un momento dado debieran coexistir varios estados; y para ello se necesitaría espacio, lo que es absurdo. Por lo demás nuestra Intuición o percepción interna nos demuestran que cuando ha aparecido un estado ya ha desaparecido el otro y así sucesivamente. De tal modo que la multiplicidad es sólo cualitativa y no cuantitativa.

### La libertad humana

La libertad humana se desprende lógicamente de las argumentaciones anteriores.

Las escuelas panteístas y materialistas del siglo XIX habían erigido en dogma de fe el determinismo en todas las acciones humanas. Había una ley fatal que para los panteístas era la evolución divina y para los materialistas las leyes del universo, que arrastraban necesariamente al hombre al abismo, sin que los esfuerzos desesperados sirvieran de nada para librarse del golpe del destino. Se caía rendido y agobiado por el peso de la fuerza como el roble gigante y orgulloso caía ante el paso de las tempestades.

Es imposible pintar el estado en que se sumergió a la humanidad con semejantes teorías durante el Siglo XIX, sólo Schopenhauer pudo sintetizarlo en forma no igualada en su escuela panteísta-pesimista, que levanta como Dios a la voluntad y que sumerge al mundo en el pesimismo más atroz y en la desesperación impotente del que no alcanzará jamás la felicidad esperada.

Era preciso salvarse del caos y de la locura de rebelión, de rabia, de tristeza y de desesperación en que se caería dentro de poco.

Es a Bergson a quien cabe íntegro semejante honor; no sólo se salvó a sí mismo sino que salvó a la humanidad y a la civilización colocando muy en alto y como punto último de su filosofía, la libertad.

Pero aquí como en otras partes su acierto ha sido muy útil en el momento que lo empleó, pero tiene graves errores, si se quisiera seguir con su método y con sus conclusiones en el futuro.

A primera vista, el devenir necesario del yo nos lleva directamente al determinismo; pero Bergson volviendo a lo que ya ha explicado, dice que sólo la concepción especial que nosotros introducimos en todo nos lleva a semejante resultado, y que es esa precisamente la base de todas las teorías deterministas.

Pero para librarse de semejante ilusión se debe tener presente la noción de duración en el tiempo solo, de que ya he hablado.

También, y a fin de evitar confusiones, debo dejar establecido que la libertad bergsoniana no se identifica con la libertad de la filosofía eterna.

Para Santo Tomás, la libertad es atributo de la voluntad.

La voluntad es la facultad del alma humana por medio de la cual ama necesariamente el bien último y universal y libremente los bienes particulares, para alcanzar aquel; y la libertad es el atributo de la voluntad mediante la cual el hombre puede poner o no poner en igualdad de condiciones, acciones libres y contradictorias pudiendo suspender la acción una vez empezada o concluirla completamente.

El libre albedrío es la igual posibilidad de los dos contrarios.

Bergson al hablar de la libertad se expresa así: "la palabra libertad tiene para mí un sentido intermedio entre los que acostumbra a darse a los dos términos de libertad y libre albedrío:

"De un lado, yo creo que la libertad consiste en ser completamente uno mismo, en obrar de conformidad consigo mismo; esto sería pues, hasta cierto punto, la libertad moral de los filósofos, la independencia de la persona frente a todo lo que no es ella. Pero no se trata exactamente de esta libertad, ya que la independencia que yo describo no tiene siempre un carácter moral. Además no consiste en depender de sí, como un efecto depende de la causa que necesariamente lo determina. Por ahí volvería al sentido del libre albedrío. Sin embargo tampoco acepto este sentido completamente, ya que el libre albedrío, en el sentido habitual del término, implica la igual posibilidad de los dos contrarios, y no es posible, según mi opinión, formular ni siquiera concebir aquí la tesis de la

igual posibilidad de los dos contrarios, sin engañarse gravemente sobre la naturaleza del tiempo.

“Podría, por tanto, decir que el objeto de mi tesis, sobre este punto particular, ha sido precisamente hallar una posición intermedia entre la libertad moral y el libre albedrío. La libertad tal como yo la entiendo está situada entre dos términos, pero no a igual distancia de uno y de otro. Si fuese absolutamente preciso confundirla con uno de los dos, yo optaría por el libre albedrío”. (Le Roy: “Bergson”, Pág. 168).

Desde otro punto de vista que no fuera la intuición, “el acto aparece necesariamente, ya como la resultante de una composición mecánica de elementos, ya como una incomprensible creación ex nihilo”, lo que es a todas luces un absurdo ya que el esfuerzo que se exige para sacar algo de la nada es infinito y las fuerzas del hombre son finitas e incapaces por lo tanto de crear nada.

Las escuelas deterministas se dividen en fisiológicas y psíquicas; según las primeras, los actos son determinados por la fisiología cerebral y según los otros unos estados de conciencia son determinados por otros; ambos caen en un error, porque llevan el espacio a fenómenos del tiempo someten los estados psíquicos a las leyes de la casualidad, de la física, en razón de que siendo inextensos no pueden someterse a la causalidad. Por lo demás para que la causalidad pueda efectuarse son precisas unidades substanciales independientes que obran la una sobre la otra, produciendo el efecto, unidades que como ya lo probamos no existen en los estados mentales; por lo tanto no rige en ella la ley de la causalidad, que lleva al determinismo. “Es sólo una figura retórica, el decir que una pasión o un deseo determinan la acción. La pasión y el deseo no son unidades activas sino sólo momentos, aspectos del estado total del sujeto. Por lo tanto, lo único que podemos decir es que el estado del sujeto ha dado lugar a la acción, ha terminado en la acción”.

Los estados mentales son imprevisibles, indeterminados porque en ellos además de no existir la causalidad, por no haber número ni espacio, son esencialmente durables y no se puede substituir el tiempo, por la simultaneidad de coexistencia como lo hace la ciencia para predecir el futuro. Y cuando los hombres predicen su futuro de acuerdo con determinadas condiciones del ambiente no hacen otra cosa que aplicar el pasado al futuro; pero de ninguna manera aplican leyes inmutables al espíritu.

Resumiendo: la psicología bergsoniana, admite la existencia de la materia y del espíritu; que éste se confunde casi con la conciencia, y la conciencia es memoria, o sea prolongación del pasado en el presente. El espíritu no es substancia; no está sometido ni a la extensión, ni al número, ni a la causalidad, y por último sus acciones son espontáneas y completamente libres: “El cerebro es para él un órgano de pantomina y de pantomina



solamente; su papel consiste en minar la vida del espíritu... La actividad cerebral es a la actividad mental lo que la batuta del director a la sinfonía". Bergson es un vitalista eminente, para quien, el espíritu es la evolución creadora, el élan vital, que organiza y trata de absorber la materia y al Universo todo para conducirlo en su fluir eterno a las regiones misteriosas de lo ignoto y de lo desconocido.

Bergson representa la reacción más audaz al materialismo psicológico del siglo XIX; y si es cierto como ya lo he dicho que su sistema está plagado de errores, no es menos cierto que ha dado el punto de partida a la reacción espiritual verdadera más formidable de la historia, y que encabezada por Jacques Maritain arrollará a su paso todo lo bajo y lo perverso para volver a los días felices y ya lejanos en que el mundo teniendo en su centro a Santo Tomás de Aquino navegaba con la bandera del cristianismo al tope, mostrando como un sol irradiante de luz en medio de la tempestad la belleza, la grandeza, la bondad y la sabiduría infinitas e inconmesurables de Dios.

### **Crítica de la psicología Bergsoniana**

La psicología es el resultado inevitable y necesario de su método de conocimientos y de su metafísica. Ya he dicho que la Intuición bergsoniana se acerca demasiado al conocimiento sensual, que no pasa más allá del mundo relativo de los fenómenos y es por eso que Bergson, al tratar de crear una metafísica, ha caído en un relativismo completamente antimetafísico. Insisto al criticar la Intuición como método de conocimiento, que sólo hablo de la Intuición Bergsoniana porque la Intuición intelectual que percibe rápidamente la verdad, en lo más profundo de las cosas y que comprende las relaciones entre ellas y su creador casi espontáneamente, ha sido el método corriente de los genios, como que en ella reside su característica esencial y la diferencia con el talento que también llega a la verdad pero lentamente, por medio del silogismo o método discursivo.

Pues bien, Bergson al hacer su introspección, sólo ha observado los cambios fenoménicos y accidentales del yo, que verdaderamente están en el tiempo; porque estos cambios son movimientos y el tiempo en último extremo, y abstracción hecha de nuestro modo subjetivo de considerarlo, se identifica con la mutación, con el movimiento. Y nosotros estamos en el tiempo porque tenemos pasado, presente y futuro, porque adquirimos incesantemente nuevas realidades que antes no teníamos, nos movemos hacia la perfección, hacia Dios. He aquí una de las razones por qué Dios no es temporal sino eterno; basta darse cuenta que si es perfecto es porque no hay ninguna realidad fuera de él que deba adquirir, es por-

que en su ser simplísimo en el cual se identifican la esencia con la existencia existen en cantidad infinita todas las perfecciones. Identificándose las unas con las otras, cualidades que sólo la imperfección de nuestra razón nos hace concebir separadas, y siendo perfecto, es inmutable, o sea, no puede ganar ni perder nada, porque lo tiene todo; y si es inmutable no está en el tiempo sino que en la eternidad, que es la duración indefinida del ser, que es el eterno presente. La palabra duración indica en este caso un concepto estático, lo contrario de la concepción bergsoniana, esencialmente dinámica.

Volviendo atrás, he dicho que Bergson, sólo observó los fenómenos de su alma, pero no su alma misma; de ser así habría reconocido que en medio del cambio incesante, hay algo que permanece sin cambio, desde el principio hasta el fin de la vida, hay un yo que fué, es y será el mismo ayer, hoy y mañana y es precisamente esa permanencia del yo en medio del incesante movimiento accidental, lo que nos lleva rectamente a concluir que el alma, no es una mera asociación de estados mentales estáticos, como pretendieron los materialistas, ni dinámico, como quiso Bergson, sino que una substancia de la cual educen los pensamientos, como del tronco del árbol las ramas y las flores a quienes el viento mueve incesantemente en su rondar eterno. Porque una cosa es el pensamiento que cambia y otra el yo que piensa.

Que esta substancia es simple, lo prueba la unidad del yo en todos sus actos, y, finalmente que es espiritual, lo prueba el hecho de que sea simple y no conste por consiguiente de partes que son esenciales a la materia, y porque si constara de partes cada una pensaría como le diera la real gana, de tal modo que simultáneamente tendríamos varios pensamientos, lo que es absurdo; también prueba la espiritualidad, la universalidad y abstracción del pensamiento que no podría ser producido por una substancia concreta y singular como la materia, de acuerdo con el viejo axioma que dice: Nunca el efecto puede ser superior a la causa porque nadie puede dar lo que no tiene; y finalmente el hombre es atraído hacia el bien último universal e inmaterial; se embriaga en su contemplación amorosa, empleando todos los actos de su vida, todos sus bienes particulares para glorificarlo y alcanzarlo; como hay otro axioma que dice: toda cosa se deleita con lo que le es semejante; es necesario que el yo sea espiritual.

Si estoy de acuerdo con Bergson que la esencia del alma como conjunto ininterrumpido de fenómenos psíquicos es la duración real, debo declarar aquí, como verdad infalible, que la esencia del alma como forma substancial del yo verdadero es el espíritu.

Sería largo entrar a explicar aquí cómo los grandes psicólogos contemporáneos, apoyados en los últimos adelantos de la fisiología cerebral, han sido impotentes para demostrar la producción de los fenómenos psíquicos por el cerebro puro y decepcionados han optado por las teorías de la filosofía eterna que enseña que los fenómenos anímicos son producidos por el cuerpo y el alma, ya que ambos elementos constituyen el yo humano; haciendo el uno el papel de materia prima y el otro, el de forma substancial racional.

En cuanto a la libertad bergsoniana, diremos que ha sido un mero sueño del ilustre pensador; no se concibe libertad en algo que fluye incesante y fatalmente; dice Bergson que el yo, apesar de todo, es libre porque, no siendo espaciales los actos de la conciencia, no están sometidos a la causalidad. Hay que confesar que el argumento es sumamente ingenioso pero siempre tenemos derecho a preguntarnos si el yo son esos fenómenos que están cambiando momento a momento; si el yo se está haciendo junto con el estado de conciencia sin ser distinto de ella, sino que por el contrario identificándose ¿quién es el libre?, ¿no es la vida, por si acaso, algo ciego como la misma ley del destino?

Y para defender la libertad, afirma que el alma no es substancia, porque si así fuera sería extensa y ocuparía espacio, quedando sometida entonces a la causalidad y al determinismo.

Ignora el filósofo intuicionista que la extensión no es cualidad necesaria de la substancia, porque substancia es todo lo que existe en sí y no en otro por inherencia; pues bien, el espíritu es substancia porque existe en sí y no en otro por inherencia y, sin embargo, no es extenso ni ocupa espacio. Sólo la substancia material, cuya esencia es la colocación de partes fuera de partes, teniendo por lo tanto extensión, ocupa espacio.

De tal modo que la substancia espiritual no ocupa espacio y con ella Bergson pudo haber salvado íntegra su teoría de la duración sólo en el tiempo sin caer en el relativismo y superficialidad atroz en que ha concluido.

Pero aún es más; ha dicho que las causas que no ocupan espacios no pueden obrar produciendo efectos, lo que es absurdo porque causa, y en este caso hablamos de causa eficiente, es un principio que contiene en sí la razón suficiente del paso de una cosa del no ser al ser; y principio es todo aquello de lo cual procede una cosa; de tal modo que en ninguno de los dos conceptos va envuelta la idea de extensión y espacio; además que no vemos por qué la causalidad deba ser espacial.

Como se ve, la libertad bergsoniana no resiste el más leve análisis; no es a él precisamente a quién corresponde la

gloria de haber expuesto o defendido la teoría que hace varios siglos lanzaron al mundo, primero los Padres de la Iglesia con San Agustín a la cabeza y después los grandes escolásticos siguiendo a Santo Tomás.

Como Bergson dice de paso que la libertad humana en la forma en que la ha concebido la filosofía eterna significa una incomprensible creación *ex-nihilo*, se hace necesario responderle exponiendo en resumen la concepción escolástica de la libertad.

### **Solución del problema de la Libertad. Molinismo y Tomismo**

Ya he dicho anteriormente qué entendía la escolástica por libertad. Esta libertad puede ser de tres clases: 1.º De contradicción o acción, o sea libertad de obrar o no obrar; 2.º De especificación u opción, que se refiere a la facultad de elegir el objeto que más le place a la voluntad, y 3.º libertad moral para escoger el bien o el mal moral en relación con su fin supremo.

Que el hombre es libre lo prueban:

I.—El testimonio de conciencia. La conciencia me atestigua que hay actos que dependen de mi exclusiva voluntad, que puedo quererlos o no quererlos en igualdad de condiciones, ejercitando muchas veces acciones que van contra nuestro deber y contra nuestro propio bien.

II.—La consecuencia del sentimiento de libertad. Sabemos que los actos que hacemos, cuando obramos sin coerción externa, nos son completamente imputables, de tal modo que nos alabamos cuando hemos dado un buen paso o hemos ejecutado una buena obra, en tanto que nos arrepentimos y nos sometemos al suplicio del remordimiento en caso contrario. Si fuéramos necesariamente determinados a obrar, sería absurdo alegrarse por un mérito que nos nos pertenece, ni entristecerse por algo de que no somos culpables. Por lo demás la existencia de la justicia de las penas y homenajes, proviene de la persuasión de que el mismo hombre es autor de sus actos y por lo tanto libre.

Los propios deterministas, negándolo en la teoría lo han afirmado rotundamente en la práctica.

III.—Argumento intrínseco, basado en la relación del entendimiento con la voluntad. El acto de voluntad va precedido de otro por el cual el entendimiento juzga que un acto o un objeto es un bien relativo, lleno de defectos e imperfecciones; el entendimiento lo estudia y se lo entrega a la voluntad la cual después de todo puede quererlo o no quererlo, obrando a favor o en contra del entendimiento. Así, por ejemplo, el entendimiento nos muestra como perjudiciales las

pasiones desenfrenadas, pero la voluntad se reserva el derecho de determinarse por las pasiones o en contra de las pasiones.

El doble aspecto de los objetos, uno bueno y otro defectuoso, da la razón subjetiva de la determinación inherente a nuestros actos libres.

En resumen, nuestro entendimiento nos muestra los objetos como bienes relativos y nuestra voluntad sin coacción alguna los acepta o los rechaza.

Este argumento es irrefutable, y ha sido la piedra donde han chocado furiosas las diatribas y los sarcasmos de los materialistas impotentes para destruirlo por el recto camino de la razón. Pero Bergson ha dicho que la libertad en esta forma considerada, significaría que el hombre tiene poder para sacar las cosas de la nada.

Dos palabras sobre el Molinismo y el Tomismo para dejar estos hechos en claro.

Si en la libertad humana, en la forma probada más arriba, no tuviera ninguna intervención el Ser supremo, el eminente itucionista francés, tendría toda la razón. Pero las cosas no pasan en forma tan sencilla. Trataré de explicarme.

La dependencia esencial que todo ser finito tiene de Dios lleva consigo la necesidad y existencia de una influencia física, real y positiva de Dios sobre toda y cada una de las criaturas, tanto por parte de su ser, como por parte de sus operaciones y efectos.

Dios crea las criaturas y las conserva, conservación que no es más que una creación continuada; y además influye en ellas consideradas como causas segundas; eficientes porque como primer motor contiene la razón suficiente de la causalidad eficiente de las criaturas y por consiguiente de su acción; luego se debe admitir la existencia de un influjo real y positivo de Dios con respecto a esas criaturas. Todos los escolásticos se muestran conformes con esta deducción lógica; pero el desacuerdo empieza cuando se trata de determinar el modo como obra Dios para que las causas segundas y sobre todo las libres produzcan sus efectos. Dos escuelas se disputan el predominio.

Los Molinistas, para quienes Dios obra simultáneamente con el hombre cuando este ya se ha determinado; de tal modo que el efecto es el resultado de la acción de ambos; ya que el paso de una cosa del no ser exige un esfuerzo infinito, que no lo posee al hombre cuyas fuerzas son en extremo limitadas. Esto es lo que se ha llamado la correlación simultánea.

De tal modo que, según Molina, el hombre se determina libremente a la acción con independencia de Dios, el cual sólo participa una vez que esta se ha puesto en acto, de tal modo que sólo obra sobre el término pero no sobre el principio.

El Molinismo es insuficiente para salvar la causalidad universal y primera de Dios sobre las causas finitas, toda vez que hay algo que empezó a existir sin intervenir Dios.

Por lo demás, toda determinación es un paso de la potencia al acto, lo que exige la acción previa de un ser que ya esté en acto con respecto a esa determinación. Decir lo contrario es faltar a la lógica y caer en absurdo y contradicción.

La pretendida ciencia media de los Molinistas agrava más aun el problema, dejando a Dios determinado por el hombre.

Los tomistas están de acuerdo también con los Molinistas en el concurso simultáneo; pero mientras los segundos prefieren salvaguardar los derechos del hombre y colocarlos sobre los de Dios, los primeros salvan ambos derechos.

Los tomistas sostienen que nada puede pasar de la potencia al acto, sin que obre un ser previamente en acto, y, por consiguiente, que el hombre, al moverse de la potencia de obrar al acto de obrar, necesita necesariamente de la ayuda de Dios, acto primero y universal.

Molina da como base de su teoría la necesidad de mantener la libertad humana, seriamente amagada por Santo Tomás.

Se equivoca, al mismo tiempo que parece olvidar que Dios es infinitamente todopoderoso.

Santo Tomás ha dicho: "En el libre albedrío de tal manera habla Dios que además de darle la virtud para obrar, obrando Dios, obra también el libre albedrío".

"Dios posee, eficacia de causalidad infinita y universalísima que se extiende a la substancia del acto voluntario y a su modo que es la libertad; porque penetra hasta lo más íntimo de la operación de la voluntad humana".

Antes de terminar, debo recordar, que nuestro conocimiento de Dios es analógico y no unívoco, porque estamos en distinto plano. Mientras él es infinito y perfecto, profundamente sabio y poderoso, nosotros somos débiles, finitos e imperfectos; de tal modo que pretender conocer cómo salva Dios su premoción con la libertad humana, dejando de lado el misterio, es absurdo; porque siempre habrá misterio en la relación de lo humano con lo divino; si así no fuera, nuestro entendimiento y el de Dios se identificarían.

De tal modo, que nuestra ignorancia de la manera como obra la premoción no nos dá derecho para negarla; como que la ignorancia que reina hoy sobre la forma en que obren las posibles causas del cáncer, no nos dá derecho para deducir que el cáncer no tenga causa.

En resumen, el tomismo, colocándose en el verdadero camino, afirma por un lado que Dios mueve al hombre a la acción y por el otro lado, que el hombre es libre para determi-

narse en la forma que mejor le parezca. Son los dos extremos de la cadena; y los eslabones intermediarios son el misterio impenetrable de la unión del hombre con su creador.

### La Escolástica, Filosofía eterna

Fácil será darse cuenta por la crítica que he hecho a la filosofía bergsoniana que un sistema fundado en una edad en que la ciencia no existía y que ha logrado recorrer incólume, siempre confirmada, constantemente combatida, jamás rechazada, mil años, se ha hecho acreedora al calificativo de Filosofía eterna.

Hoy como ayer, representa la verdad única y última dentro del campo del pensamiento humano.

Alrededor de ella, para defenderla o para destruirla, se han colocado todos los pensadores y genios del Universo.

Ante ella, se descubrieron: Descartes, Fenelón, Leibnitz, Kant, Shelling y Hegel.

Por ella, entre muchos se ha convertido al catolicismo el hombre más profundo del siglo XX: Jacques Maritain.

Y hoy con él a la cabeza como en los tiempos de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de San Alberto Magno, de Duns Scoto, de Rogelio Bacón, de Hugo y Ricardo de San Víctor, de Suárez y de Juan de Santo Tomás, marcha adelante, siempre adelante, orgullosa de su pasado y de su presente, segura de su futuro.

Una filosofía contra la cual la ciencia materialista, el racionalismo panteísta y el empirismo excéptico nada han podido durante diez siglos, cuando tantos sistemas filosóficos han nacido para morir luego, merece con justicia el dictado de Filosofía Eterna.

Desde lo alto de su torre de granito, escruta tranquilamente el horizonte; ve pasar serena a los hombres y a los siglos, segura de que siendo la verdad es inmutable, y nada debe temer; las tormentas de la vida pasan a su lado, la miran y continúan desvantando sin hacerle nada, absolutamente nada.

Una filosofía que no cambia y a quien la ciencia en su portentoso adelanto no desmiente, está necesariamente por fuera del tiempo y por sobre los hombres: pertenece a la eternidad.